
Epílogo

Rafael Delgado

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5578

Título: Epílogo

Autor: Rafael Delgado

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de noviembre de 2020

Fecha de modificación: 1 de noviembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Epílogo

A Manuel J. Othón

—¿Quieres saber esa historia? Pues la sabrás. Es una novela. Un idilio fué para mí. Pero lo más interesante es el epílogo.

Y mi amigo se acomodó a sus anchas en el asiento, cerró el libro que tenía en las manos —una de las últimas obras de Bourget—, encendió un cigarro y habló así.

—Era allá en nuestra tierra, hace treinta años, cuando no cumplía yo los veinte, ¡qué digo! cuando aún no tenía los dieciocho. ¡Felices años! ¡Felices días aquellos! ¡Cómo aleteaba entonces en mi alma la mariposa azul de las esperanzas juveniles, de que hablas en uno de tus libros! Tú andabas a la sazón prendado de cierta amiga mía, linda doncella de esbelto talle, de rubia cabellera y de ojos lánguidos, húmedos como una violeta en cuya corola tiembla vacilante y límpida una gota de rocío. ¿Te acuerdas de ella? Esa mujer decidió de tu vida, despertó en ti sueños de gloria, y te hizo retraído y melancólico y... a propósito de Matilde, debo decirte que la ví el año pasado en Tampico. ¡Si la vieras!... No conserva nada de aquella espléndida belleza, a la cual te rendiste a los pocos días. Halléme a Matilde en un baile. Había ido con su hija, una pollita morena y coqueta, en quien parece haber renacido la graciosa hermosura materna. Conversamos toda la noche. Ya sabes que yo ni bailo ni juego, de manera que al encontrarme a la que fué tu novia, tu Beatrice, como la llamábamos todos tus amigos, me dediqué a conversar con ella, a charlar de los buenos viejos tiempos, y a distraer mi ánimo un tanto entristecido, con la sinfonía primaveral de los recuerdos juveniles. Aún se acuerda de ti Matilde. Nada de sus amores contigo se le ha

olvidado, y al hablarme de aquella época feliz —feliz como ninguna para nosotros—, sonreía alegremente, y en sus ojos azules titilaba una lágrima. Pero vamos al asunto. Mientras tú vivías prendado de Matilde, y no estudiabas y hacías versos, yo, menos romántico que tú, y más dado a fiestas y bailes que a poesías y novelas, enamoraba, ¿sabes a quién? a esa mujer a quien saludé tan cariñosamente en la última estación. Vive en la ciudad próxima; está casada con un ebanista habilísimo, y ahora va a reunirse con él, después de tres meses de ausencia. El marido es ese joven vestido de negro que vino a recibirla. ¿No haces memoria de una trigueña de ojos negros, soberbios, luminosos y aterciopelados, que vivía allá por el barrio del Cristo? ¿No? ¡Pues norabuena! ¡Mejor que mejor!

La conocí en un baile. Me interesó desde luego aquella niña tímida al par que vivaracha, recatada y amable, en cuyas pupilas parecían centellear todos los astros del cielo tropical. Bailé con la joven una, dos y tres y cuatro piezas. Se mostró conmigo franca y sincera, pero tan discreta y honesta, que no me atreví a murmurar a su oído ni una sola frase de galanteo. Hija de un artesano acomodado y laborioso, Elena, aunque de humilde cuna, estaba bien relacionada y era amiga de las señoritas más empingorotadas de Pluviosilla. Todas sus amigas, compañeras de colegio en su mayoría, la distinguían y la amaban. Así la joven, sin dejar su esfera, frecuentaba la mejor sociedad, sin que ésta, ni el trato con los ricos despertaran en ella locas aspiraciones y ambición de lujo. Elena, vestida de percal, era tan elegante como sus amigas.

Dígame que me gustó la chica. Me interesó su modestia, su airecillo donoso y su tímido donaire, y esa noche, en mi casa, de vuelta de la fiesta, me dije: «¡No hay remedio! ¡Voy a enamorar a Elena!» ¡Y qué de veces, mientras tú subías y bajabas en busca de tu Beatrice, yo te dejaba para rondar la casa de la chica!

Por fin, una noche —llovía a mares—, en la reja, después de

muchos meses de hacerle el oso, me dijo que me amaba. Ocultamos nuestros amores. Los amores ocultos tienen mucho encanto, pero... son por extremo peligrosos... Ni la vecina más curiosa, ni tú, que me acompañabas por todas partes, ni la familia de Elena sospecharon aquellas relaciones. Le hablaba yo al caer la tarde, mientras tú hablabas con Matilde, y ni en el paseo ni en el templo ni en el teatro, cuando Elena iba, pudo darse cata de aquellos amoríos. Elena me amaba, sí, me amaba con la dulzura del primer amor, como se ama a los diecisiete años, cuando ni desengaños ni dolores han marchitado el corazón, y el cielo es para nosotros todo luz y la mísera tierra un prado de azucenas. Yo la amaba también. ¡Pobre niña! ¡Cuán tierna y cariñosa! ¡Qué confiada y qué amante! En los primeros meses soñaba con ser mi esposa, y me decía:

—Mira: seremos muy felices. Mis padres te amarán tanto como yo. Viviremos tranquilos en una casita muy linda. Acabarás la carrera, y nos casaremos, y como yo no ambiciono ni deseo lujos y grandezas, fácilmente lo arreglarás todo. Yo soy pobre, de casa humilde, hija de un honrado artesano, es cierto; pero tus padres me amarán porque soy buena, sí, soy buena, y seré mejor para hacerte dichoso, y para que tu familia me estime y me quiera. Mira: te adoro con toda mi alma! ¡Vivo para ti! ¡Sólo para ti! Mi dicha mayor es estar a tu lado. ¡Ámame, ámame como te amo!

Pero después desapareció la alegría en la pobre Elena. En vano inquirí, durante muchas semanas, la causa de aquella tristeza. Elena callaba. Entonces me hice el apasionado; me mostré rendido como nunca, y conseguí que la pobre muchacha me abriera su corazón.

—Me mata una pena —díjome—; un sinsabor constante. Tú me amas, lo sé, lo comprendo, lo palpo; pero...

Y se echó a llorar.

Enjuagué con mi pañuelo aquellas lágrimas, y besándole

cariñosamente las manos, le rogué que me dijera la causa de su pena.

—Me amas, sí, pero no te casarás conmigo! No soy la mujer que tú deseas, ni tu familia me aceptaría. ¡Si no soy más que la hija de un artesano!

Duplicué el ardor de mis palabras, le juré una y mil veces que luego que terminara yo la carrera, al recibir el título de abogado, la llevaría al altar...

Serenóse la niña, y con una superioridad moral que me llenó de admiración, exclamó:

—¡Te entregué mi corazón y tuyo es! Te amaré siempre... pero estos amores terminarán cuando tú quieras, cuando tú lo desees. ¡Guárdeme la Virgen de ser un obstáculo para ti! El porvenir es tuyo. No pienses en mí. El día que me digas adiós, serena, tranquila, te escucharé sin que de mis labios salga una queja; me miraré en tus ojos por la vez última, y me despediré de ti para siempre.

Pasaron meses y meses. Un español abrió una tienda en la casa de enfrente; la tienda atrajo parroquia y movimiento en aquella calle, y fué preciso fijar otra hora para nuestras citas. Entonces le hablaba yo a las diez de la noche.

Elena era cada día más apasionada, más amante. El fuego de la nubil ardía en ella, y a la timidez de otro tiempo sucedió en Elena cierto atrevimiento que me hacía temblar. Cierta noche me dijo: «Aquí no podemos hablar tranquilamente. La casa contigua está vacía; nosotros tenemos la llave. Ya sabes que la entrada es una para las dos casas. Toma la llave, y a las once (no, mejor a las doce), a esa hora ya mis padres duermen, vienes, entras, y allí me encontrarás, o allí te iré a buscar».

Vacilé... pero acepté la llave y la cita.

Recorrí calles y calles, y, a decir verdad, preocupado,

temeroso y descontento de mí mismo. Aquello era una infamia. Burlar la confianza de aquellos buenos ancianos era una cobardía. Odio a quien abusa de la confianza en él depositada. Los pobres viejos tenían en su hija una fe ciega. Me decidí a no faltar a la cita, pero me sentí encanallado.

Fuí esa noche, y fuí otras muchas.

Estábamos a fines de Diciembre. ¡Qué noches aquellas! ¡Cómo las recuerdo! El patio desierto; piezas y corredor a oscuras; en el jardincillo abandonado algunas flores tardías que embalsamaban el aire con penetrantes perfumes tropicales, y allá, a lo lejos, el sordo rumor del río, el monótono rodar del Albano azotado por el sur caldeante que traía en sus soplos de fuego el susurro de las arboledas del valle. En la fuente el surtidor cantaba alegremente.

Entraba yo sigilosamente, como un ladrón, me instalaba en el alféizar de una ventana, y allí esperaba a Elena. Pero ¿a qué contarte, uno a uno, los encantos de aquellas noches? Mas no creas que falté, en lo más mínimo a los respetos debidos a aquella virginidad exuberante y tentadora. Un firme sentimiento de respeto; la voz maternal siempre resonante en mis oídos; los nobles ejemplos de mi padre —cuya sublime rectitud era a mi alma noble estímulo—, fueron para mí freno y escudo.

El idilio llegaba a su término. El cielo invernal, todo diamantes y luces, es testigo de que más de una vez la pobre Elena cayó en mis brazos ebria de amor; pero no de ese amor que nos hace buscar en los mil astros que pueblan el firmamento, espacios infinitos para el alma, sino ese otro que nos aniquila y nos abate y nos hunde en el cieno. ¡La mísera carne! Una noche, por fin, me sentí como al borde de un abismo; llené de besos el rostro de la doncella; oprimí con mis labios aquellos ojos meridionales, y estrechando entre mis brazos y sobre mi pecho aquella cabecita ensoñadora, tras el supremo esfuerzo de una voluntad próxima a romperse villanamente, díjele a Elena:

—¡Perdóname! Debemos separarnos antes que caer en el abismo abierto a nuestras plantas; debemos sacrificar nuestros más caros afectos en aras del deber. Serías mía... pero a costa de terribles y eternos remordimientos! Tus padres no merecen esto; tú misma eres digna de más noble destino. No por una preocupación, que no falta nunca en la mujer vulgar, me juzgues con dureza. Te amo, pero debo dejarte. Nuestros destinos son diversos y sendas distintas nos apartan en el áspero camino de la vida.

—¡No hables más! —exclamó rechazándome—. ¡Todo me lo has dicho!

Pero luego, tomando entre sus manos mi cabeza, me besó larga, apasionadamente.

Y se fué.

No volví a verla. Semanas después partió con su familia. A los pocos años supe que se había casado. Hace tres meses, al bajar hacia Pluviosilla, la encontré en esa estación, donde la saludé hace media hora. Ibamos pocos pasajeros: algunos extranjeros que volvían a su patria, y yo. Al detenerse el tren entró Elena con tres niños. Una chiquitina graciosa y vivaracha, y dos muchachos listos y simpáticos.

Ya conoces la novela. Ahora conocerás el epílogo.

Saludé a Elena, la cual se mostró cariñosa y amable, y, como había tomado asiento cerca de mí, no tardamos en tejer animada conversación. Era imposible no hablar de lo pasado, pero ambos nos sentíamos contenidos; ella por nobilísimo pudor, y yo por natural respeto. Nunca, créemelo, nunca empañaré los cristales de la fuente límpida de mis afectos juveniles.

Me presentó sus hijos.

—Son cuatro —me dijo—. He dejado uno en el colegio. Es un

mocito muy formal, muy aplicado y muy obediente.

Y agregó sonriendo:

—Éstos no. La niña sí es buena. Los otros no son malos, pero traviosos como pocos!

Y los mandó con la niña a un extremo del vagón.

Hablamos de cosas indiferentes. Después me contó que sus padres habían muerto. Ella se había casado con un hombre muy decente, muy honrado, muy trabajador, muy estimable y muy estimado; no eran ricos, pero vivían en la abundancia. Y si los muchachos —como ella lo esperaba—, se lograban, la obra de la vida habría sido completa y feliz para ellos, Y agregó con hidalga confianza.

—¡Soy feliz! ¡He sido muy feliz!

Quedó un instante pensativa, y después de un rato de silencio, sonrojada y algo trémula, continuó:

—¡Y esa felicidad te la debo a ti, sí, a ti! No te olvido nunca, porque no puedo olvidar a quien me detuvo al borde del precipicio. Aquel amor era una locura... Habría sido un infortunio para los dos.

Y sonriendo alegremente, bajos los ojos y encendida la color, díjome:

—Mira: ¿te he dicho que te debo mi felicidad? ¡Pues no es cierto! Nada te debo. Ya te pagué la deuda. ¿Sabes lo que hice cuando nació mi primogénito? ¿A que no lo adivinas?

—No.

—Le puse tu nombre. ¡Se llama como tú!

* * *

Y mi amigo, al acabar su narración, me miró satisfecho.

Estaba contento de sí mismo, y en sus ojos titilaba una lágrima.

Abrióse en aquel momento la puerta del vagón, y un garrotero gritó:

—¡Estación de Rinconada! ¡Dos minutos!

Rafael Delgado



Ángel de Jesús Rafael Delgado (Córdoba, Veracruz, 20 de agosto de 1853 - Orizaba, Veracruz, 20 de mayo de 1914) fue un poeta, escritor, novelista y catedrático mexicano. En 1896, fue nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, en donde ocupó la silla XII.

Sus padres fueron Pedro Delgado y María de Jesús Sáinz. Se mudó a Orizaba (a la cual le decía "nupcial", por las neblinas)

a los pocos meses de nacido, por rechazo al movimiento liberal de Córdoba. Tuvo como guía a un tío: el padre José María Sáinz Herosa, canónigo doctoral de la Colegiata de Guadalupe,- que se movía en las aulas de los colegios de Nuestra Señora de Guadalupe, de Infantes de la Colegiata de Guadalupe y Nacional de Orizaba (cuyo edificio es el actual palacio municipal). Completa su formación en la rica biblioteca heredada del tío, donde abundaban autores griegos, latinos, españoles, franceses y su escrupuloso uso del castellano configuraron su fluido estilo narrativo.

Residió en la Ciudad de México cuando niño y luego cuando ya era un hombre maduro. También residió en Guadalajara, donde se desempeñó como encargado de la Secretaría de Educación de Jalisco, a solicitud de su amigo el escritor José López Portillo y Rojas. Debido a que padeció artritis se vio obligado a regresar a la ciudad de Orizaba.